

Axel Blanco Castillo

Al borde del caos





Axel Blanco Castillo

Al borde del caos

Fundación Editorial



MISIÓN



cultura • Venezuela
¡Corazón adentro!

© Axel Blanco Castillo

© Fundación Editorial El **perro** y la **rana**, 2018 (digital)

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.

Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Correos electrónicos

atencionalescritorfepr@gmail.com

comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Redes sociales

Twitter: @perroyranalibro

Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección

Mónica Piscitelli / Carlos Zerpa

Edición

Alejandro Madero

Diagramación

Mónica Piscitelli

Corrección

Vanessa Chapman

Hecho el Depósito de Ley

Depósito legal DC2018002174

ISBN 978-980-14-4387-2

colección *Páginas Venezolanas*

La narrativa es el canto que define un universo de imaginarios, sucesos e historias. Esta colección celebra a través de sus series y formatos las páginas que concentran tinta viva como savia de nuestra tierra, esa feria de luces que define el camino de un pueblo entero y sus orígenes, su forma de ser y estar. Las lectoras y lectores podrán acercarse a publicaciones de esta colección en formatos libres para el disfrute del extenso imaginario artístico de nuestra patria.

La serie Clásicos abarca las obras que por su fuerza y significación, que trasciende al tiempo, se han convertido en referentes esenciales de la narrativa venezolana.

Contemporáneos reúne títulos de autoras y autores que desde las últimas décadas han girado la pluma para hacer fluir de su ingenio nuevas perspectivas y maneras de exponer sus realidades con la fórmula maravillosa de narrar.

Antologías es un espacio destinado al encuentro de voces que unidas abren caminos al goce y la crítica.

*A mis maravillosos hijos y esposa,
con todo mi cariño.*

En coma

SON LAS NUEVE DE LA NOCHE. La brisa entra por las ventanas y congela el aire de la casa. Una corriente sale de mi boca y se condensa en una niebla cálida, densa, como si mis tiempos de fumador regresaran y exhalara el humo del Marlboro. Una peligrosa tentación que prefiero mantener en el olvido. Me envuelvo en una cobija impenetrable, tapando toda abertura de ventilación. No obstante, el frío sigue haciendo su trabajo a través de los tejidos. Un escalofrío pertinaz me fustiga y es imposible detener el castaño de los incisivos. Trato de evitar el descenso de un catarro y carraspeo. Ahora siento un picor irresistible y toso varias veces. Por fin, me dejo atrapar por la trama de *El pez que fuma* en el canal 3. Dimas habla con la Garza, pero no escucho, porque una voz entra por la ventana. La reconozco, pero no la identifico. Me levanto y camino hasta la cortina de la ventana,

ocultándome como una araña en su telaraña. Es mi alumno Jefferson López, alias “el Pela’o”. Habla con otro en tono muy bajo, es su interlocutor el que vocifera. Le dice que no va a esperar más, que no puede esperar hasta que se duerma el profe. Un momento, pensé, ¿el profe?, ¡yo soy el único profe de esta calle! Enseguida recordé su amenaza el día que le puse 02 en la materia. —*Verá que ahora me lo voy a quebrar, profe*. Sospechaba la venganza del Pela’o, pero no tan pronto. Ni siquiera había hecho la denuncia en la jefatura sobre la posibilidad de... ¿ser asesinado? Pero a veces las cosas suceden de maneras imprevistas, cuando uno menos lo piensa. Miré el reloj otra vez, eran casi las diez. Subí el volumen de la tele y dejé las luces encendidas. Quería dar la impresión de que todavía estaba despierto para marcharme discretamente. Mis ojos atravesaron por última vez la cortina de la ventana, pero el Pela’o ya no estaba en el poste. No estaba en ningún lugar de la calle. Entonces escuché murmullos en el pasillo, cerca de la puerta principal. Veo como levemente se mueve la cerradura. Percibo el sonido del clic que hace que gire el cilindro. Ahora lamento profundamente no haber puesto una Multi-lock. Fue muy parecido a las películas. La víctima se esconde, en este caso, yo, que tengo la ventaja de estar en mi casa y conocer todos los posibles escondrijos. Al principio, el Pela’o y compañía son sigilosos, pretenden hallarme tal vez durmiendo o dormitando en el sofá o la cama. Imaginan, creo, encontrarme de la

forma más fácil para liquidarme. Tal vez boca abajo sobre la almohada, para solo empujar con fuerza mi cabeza hacia abajo y mantenerme allí por unos segundos, los suficientes para no poder respirar. Pero no me consiguen a simple vista. No estoy sobre el mueble o la cama, o la cocina... Es como si me hubiera bebido una fórmula para desaparecer, piensan. Es evidente que han perdido la ventaja de la sorpresa y pierden la paciencia. Comienzan a gritarme: —*¡Profé, oiga, será mejor que salga! ¡Si no sale, le damos matarile!* No pretendía salir, no saldría por nada del mundo. Palpo mi celular y bajo el volumen de las teclas. Presiono el 171: —*Usted ha llamado a la Policía Nacional. Marque 1 si es denuncia, 2 si es una emergencia, 3 si necesita comunicarse con un agente del comando...* —*Oiga, profé, si no sale, le voy a clavar uno en la frente, ¿me entiende? No haga la vaina más lenta.* Marco 3, una voz grave pregunta dónde me encuentro: —*En Catia —le digo—, en el piso 3 de un edificio sin nombre.* Preguntan por el sector, la calle, un punto de referencia seguro, respondo todo y corto. —*Creo que sé dónde está este bichito,* dice el compañero del Pela'o. El Pela'o se ríe cuando siente el sonido de mi respiración dentro del clóset, que abre repentinamente. Ambos mueven la ropa y me ven inerme y blanco, como uno de mis trajes con almidón. Mis ojos se amplían y se dilatan como bolondronas. Ponen el revólver en mi frente. —*No se le ocurra nada, viejo,* dijo el compañero del Pela'o, que ahora sé que es el Porky, un nuevo malandrín del

barrio San Pastor. Otro de tantos chicos que se nos van por el mal camino. —*¿Saben lo que hacen?*, pregunto. —*Cállate, viejo*, dicen. —*Es muy fácil robar y matar, pero el castigo viene después, Elías*. —*¿Quién le dijo mi nombre?*, dice Porky. —*Pero si todos conocen a tu mamá en el barrio, ¿crees que nadie conoce tu nombre? Te vimos crecer jugando básquet en la cancha. Eras una promesa, mijo*. Porky agacha un tanto la cabeza y mira al Pela'o, que le incita a darme un tiro. Por unos segundos noto su desconcierto, pero la presencia de su cómplice le imparte fuerza. —*No me gusta que la gente se meta en mis vainas*, dice, y pone el metal frío en mi sien... —*Ahora hable de Bolívar, de Sucre, ande pues, ¡cómase la clase!* —dice el Pela'o—. *Seguro ahora no me puede raspar, ¿verdad, viejo?* Creí que mis sentidos se habían agudizado: olía la pólvora de la bala que no había explotado, escuché cada órgano de mi cuerpo y la sangre fluir por la arteria impulsada por mi corazón. Pensé que la muerte estaba tan cerca que no podría distinguirla si venía. Y en realidad, no lo hice. Nunca pude saber si había muerto luego de ese día. Solo sigo escuchando voces. Algunas conocidas, otras no. Algunas veces escucho gente que me rodea y llora. Se torna todo como una pesadilla. Me gustaría sentirlos cuando me tocan, abrazarlos, quisiera alentarlos, decirles que siempre hay esperanza, que tal vez un día yo salga de esta situación y me pueda mover, levantar y caminar, porque es terrible estar así, como si muriera por gotas, por gotas contadas por ese pitido

interminable de la máquina; es algo parecido a soñar despierto, solo que no puedes abrir los ojos, o aún más terrible, como morir soñando, y en ese caso, sería el primero que muere así.

Buscando a Cuatro

—¿QUIÉN HA OÍDO HABLAR DE UN TIPO LLAMADO CUATRO? —*Nadie*, dice uno. Otro dice que no sabe quién es. Los demás no contestan, pero sus ojos delatan que sí saben. Me quedo detallando sus miradas, la dirección que toman sus cabezas al girarlas con lentitud temblorosa. Me doy cuenta de que algunas miradas furtivas apuntan a un sujeto volteado hacia la pared de la celda en posición fetal. Imaginaba a Cuatro más temible. Por detrás su espalda era tan estrecha que podía pasar por un fideo gigante. —*¡Oiga, oiga, Cuatro, levántese, que va a ser trasladado!* Cuando lo vi seguía pensando igual sobre su aspecto. Supe también al verlo por qué lo apodaban Cuatro: tenía lentes con aumentos muy potentes. Un cuatro ojos sin lugar a dudas. Realmente no parecía un tipo tan peligroso sino otro tonto. Mis agentes lo metieron a la patrulla sin dejar de apuntarle aun

esposado. No dejaba de verme ni un instante, como si estudiara todos mis movimientos. Las malas lenguas, o tal vez las lenguas que solían inventar más de la cuenta, decían que era capaz de matar hasta con un alfiler. Yo tendía al escepticismo desde que me inicié como agente hacía treinta y cinco años. Había escuchado tanto cuento fantástico que no me causó curiosidad ver a Cuatro. Aunque en realidad, sí, pero no una curiosidad al extremo de creer que estaba frente a un tipo salido de los cómics de Marvel. Para asegurarme de que mis agentes hicieran las cosas como se trazaron, me introduje en la patrulla donde estaba Cuatro. Era una caravana de tres patrullas llenas de agentes y todo estaba monitoreado. Un helicóptero custodiaba desde arriba. Pero más allá de todo el control que tenía de la situación, me incomodaba mucho la mirada de Cuatro. Era una mirada de odio muy peculiar, no como las de otros presos; esta tenía un poder de sugestión inexplicable.

La intercomunal Guarenas-Guatire estaba bloqueada por una cola interminable de carros. El sonido de las sirenas pretendía abrir un camino posible pero lento, hasta que llegó un punto que ni siquiera eso: —*¡Apártense!*, *¡apártense!*, dije con el altavoz, y fue cuando se abrió una ruta zigzagueante entre los monstruos de fierros calientes de sol. Aumentamos la velocidad al salir del estanco, pero una de las patrullas se recalentó y nos estacionamos mientras el Gato trataba de enfriar el motor. —*¡Échale agua al*

radiador!, grité. Cuatro quería orinar y lo pusimos en la vía. Todos le apuntaban sin perder un detalle de sus movimientos. Pidió que alguien le bajara la bragueta pues tenía esposadas las manos detrás de la espalda. Mandé a Johnny, cuyas manos temblaban al hacerlo. Cuatro sonreía, parecía disfrutar sentir el miedo en los demás. Le mojó las manos a Johnny al mover su cosa cuando este se le acercó para subir la bragueta. Se reía porque creyó que nadie tendría las agallas para golpearle. Yo me paré frente a él y le di uno que le sacó el aire; más atrás Johnny, que cobró valor al verme. Lo montamos como perro en la patrulla y seguimos a El Rodeo. Pasarían treinta años para que pudiera salir a vengarse de nosotros, si no lo mataban dentro. Eso último sería una mejor solución al problema. Pero lo más seguro es que lo tuvieran como héroe por los policías que había mandado a la otra vida. Qué tal si Cuatro no llega al penal, pensé, qué si de pronto ocurre un accidente lamentable... Por radio dije a Alberto que llevara el helicóptero al penal, igual hice con las patrullas custodias. —*¡Márchense ya!*, dije, acostumbrado a que nadie refutara nada. Cuatro miraba mis ojos con suspicacia; olfateaba el peligro tanto como yo. Si tenía poderes de verdad, ya habría descifrado mi plan. Le dije al Gato que se desviara. Estacionó a mi señal. Me bajé del carro y caminé largo trecho hasta un terreno donde ya no se distinguía la patrulla. Miré alrededor: los ranchos enquistados en los cerros estaban muy lejos para

que apareciera algún imprudente. Miré el terreno polvoriento lleno de basura y moscas, el lugar ideal para la muerte de una bestia. Calculé el sitio exacto donde caería su humanidad producto de los tiros. La muerte debía ser limpia y sin cabos sueltos. —*Traigan a Cuatro*, dije por radio.

Construí los hechos del siniestro como una proyección holográfica de mi mente sobre el terreno. Cosas que da la experiencia. Miré nuevamente alrededor hasta el punto más alto de los cerros. Mi vista de sexagenario tenía limitaciones obvias, sobre todo con el centelleo del sol sobre los techos de zinc. Pero, como dije antes, los cerros estaban muy distantes y no había un alma en todo el perímetro. Los únicos testigos de lo que sucedería estaban en el carro y ahora se aproximaban con Cuatro. Por cierto, noté que se tardaban. —*¡Traigan a Cuatro!*, dije por radio otra vez. Metí mi mano en la parte izquierda de la chaqueta y palpé la Magnum cañón corto que estaba allí dispuesta a cumplir todos mis deseos. No era como la clásica reglamentada por la división, olvidada dentro de la cajuela de la patrulla. Moje la punta de mi dedo y lo alcé: no había viento. Mejor, la bala no se desviaría de su objetivo. La frente lisa y amplia de Cuatro sería perforada hasta el otro lado. Escupí a un punto impreciso del suelo y lo froté con el pie: aquí caería la cabeza del interfecto. —*¡Traigan a Cuatro! ¡Responda, sargento! ¡Responda!* La radio estaba apagada, otra razón para sospechar. Otra razón para que se le

ocurran a uno ideas locas. Desenfundé la Magnum. Mis pasos avanzaron escépticos hacia donde alguna vez estuvo una patrulla color gris. Sobre el suelo, dos huellas impresas de neumáticos y dos cuerpos inertes con heridas del tamaño de un alfiler.

Sueños fragmentarios

HABÍA DEJADO LA VENTANA ABIERTA y, cuando amanecía, la lluvia mojó mi cara y desperté. Salté de un brinco de la cama y cerré el vidrio. Miré el reloj y eran las seis. Me acosté de nuevo sin preocuparme por el trabajo, era sábado. Charlie comenzó a ladrar y rasguñar la puerta: había pasado toda la noche en la calle copulando con perras malas. Salté otra vez de la cama y abrí los pasadores y la puerta. Charlie dejó de ladrar y entró como cualquier tipo que llega a su casa después de una noche de farra. Le puse Perrarina en el plato y agua en la escudilla. Me dejé caer sobre la cama y cerré mis ojos. No pasaron diez minutos cuando sonó el teléfono. —*Hola, hijo, perdona, ¿podrías ponerme la inyección?* —*Ya voy,* dije, y colgué. Mi madre vivía en el piso de arriba así que me puse solo la bata de baño y salí. Me llevó como veinte minutos subir e inyectarla. Bajé, y otra vez me

lancé sobre la cama. Escuché un tañido de campanas. Entré por la puerta de la estructura rocosa y subí por la torre hasta el campanario que no se detenía: *blam-blam, blam-blam, blam-blam*, no podía soportarlo. El sonido me aturdió al grado de que desperté. Ni el sueño más pesado podía con el timbre. Era el técnico de Corpoelec que tocaba sin levantar el dedo. Creo que gozaba al hacerlo. Cuando llegué a la puerta ya había partido dejándome un aviso de corte. Lo tomé. Era un papelito rectangular con un recargado membrete y la frase “AVISO DE CORTE”. Casi al final estaba el monto en negritas. Era un monto ridículo: Bs. 8,40. Tantas molestias por tan poca plata me daba risa. De todos modos apagué las luces que habían quedado encendidas desde la noche.

Desayuné sobre el sofá viendo la tele. *Discovery Channel* describía la vida de los leones de África: “La especie *Panthera Leo* es la más feroz del Parque Nacional Kruger. Mientras que las hembras pueden durar hasta catorce años, los machos no pasan de ocho años de existencia...”. Tenía un traje caqui de explorador, y era amigo de la tribu Maasái. Decían que tenía la habilidad de amansar a los *Panthera Leo*. Aquel trato me gustaba, en fin, era una aventura que siempre quise vivir. Pero los *Panthera Leo* me rodearon y los Maasái alzaron su grito de guerra. Creí que moriría. Los leones se lanzaron sobre mí y mordisquearon partes de mi esquelética humanidad. Traté de usar ese poder que decían que tenía para amansar

fieras, y creo que resultó, porque en lugar de sufrir dolor, experimenté una risa incontrolable. Cada mordida era en realidad una lamida en cualquier parte del cuerpo. Desperté bañado en la saliva de Charlie.

Almorzaba con Darna en la cama. Comimos hallaca, ensalada y pan de jamón. Mi barriga se prensó por la llenura. En realidad no medí cuántas hallacas comí. Igual tuve que cumplir mi parte con la chica. Fue como hacer ejercicios en la selva. Quemamos todas las calorías del almuerzo antes de hacer la digestión. Es algo complicado. Quedamos exánimes y viendo hacia el techo, húmedos como tórtolas que se mojan con el rocío de la mañana. Allí cerré mis ojos y conocí a Marilyn. La vi tan rubia como en *Gentlemen prefer Blondes*. Un poco frívola para mis gustos, pero era Marilyn. Estaba con otros tipos, tal vez uno era Elliott Reid, Tommy Noonan o quizás Tony Curtis. Era un gánster perseguido por sombríos detectives que podían medir los pensamientos. Me vi descargándoles una metralleta. Ellos también tenían puntería y me dieron en el brazo. Sentí un pinchazo y luego un dolor intenso. Caí. Marilyn se me echó encima desesperada: —*¡Despierta, papi, despierta!*, decía. Sentí sus cachetadas y pensé que agonizaba lentamente con aquel dolor. Abrí mis ojos sobresaltado. Darna estaba sobre mí. Sus cachetadas lograron despertarme. Mi brazo izquierdo era lastimado entre el borde de la cama y la cómoda. Ella decía igual que Marilyn: —*¡Despierta, papi, despierta!*

Al llegar la noche, decidí no dormir. Prendí el compañero de los noctámbulos, el televisor. Darna se había marchado y también Charlie. Piqué muchas papas y las puse sobre un sartén rebosante de aceite caliente. Saqué la salsa ketchup, refresco y carnes frías. El sofá estaba cálido. Tomé la sábana y me cubrí mientras esperaba que las papas estuvieran listas. James Bond era atacado por los secuaces del doctor No y se defendió como siempre sin despeinarse. Los abatió con su golpe de mano abierta, pero otro lanzó por la ventana una bomba k1. Bond saltó por la otra ventana y cayó en el río Sena. Madeleine lo esperaba en una lancha encendida y partieron. Empecé a sentirme como Bond, tomé a Madeleine, la introduje en el camarote y la besé. La lancha avanzaba a toda prisa conducida por un piloto automático, mientras el doctor No nos seguía de cerca con un submarino. Comencé a oler humo, un humo que se hizo denso y llenó todo. Ella decía que era el motor, pero yo sabía que eran las papas que se quemaban.

La clave de la existencia

—MAMI, ¿ES VERDAD QUE EL HOMBRE VIENE DEL MONO? Layla sonrió con una expresión de sorpresa. —Bueno, eso dice la ciencia, pero yo digo que no, el hombre es muy bonito. —Pero la maestra dice que el mono se convirtió en hombre. Layla echó una carcajada. Nunca pudo aceptar esa teoría como cierta; le parecía grotesca. Más cuando su hijo dijo que Ramón se parecía mucho a los simios. —Respeto a tu padre, le dijo, y contuvo la risa. Se le vino una imagen simiesca de Ramón en calzones de motas negras. Lo vio saltando sobre la cama emitiendo los sonidos de Chita. Volvió a contener la risa poniendo la mano sobre su boca. —Si tu padre fuera un simio, ¿qué serías tú, Antonio?... ¿qué crees que serías? Anda, dilo. Antonio sonrió pícaro y dijo: —Pues, un mono, mami. —¿Qué es tu padre, Antonio? —Un humano, mami. —¿Y qué eres tú? —Otro humano, mami. —¿Te fijas? El hombre

no proviene del mono, somos muy diferentes. —Pero, mami, la maestra dice que pasaron muchos miles de años. Dice que el mono fue cambiando y cambiando, hasta que un día miró el espejo de un río y apareció el primer humano sobre la Tierra. —Si fuera así, ¿quién podría negar que los humanos dejaron de evolucionar? Seríamos todavía incompletos, hijo, sin haber logrado esta tecnología que hoy nos sorprende. —Pero, mami, la maestra dice que la prueba está en el eslabón perdido. —Sí, un mono erguido con grandes pies y cara de hombre, hace cuarenta años me lo dijeron en la escuela, y todavía espero una evidencia inequívoca. —Pero, mami, la maestra nos trajo la foto del eslabón perdido. Layla sacó de un libro unas fotos idénticas: —¿Estas son?, dijo con un rictus en su boca. Antonio vio la misma osamenta precariamente reconstruida. —Sí, es esa, mamá. —Yo no quiero que dejes de confiar en la ciencia, hijo, pero recuerda que la ciencia se puede equivocar. —Pero papá dice que sí existe el eslabón perdido. —Tu padre es en realidad un arqueólogo frustrado. Ramón escuchaba detrás de las páginas del periódico que lo tapaban como cortinas de papel. Desde hacía rato devoraba la página cultural recostado sobre el sofá de la sala. Movía la cabeza en señal de desaprobación cada vez que Layla decía algo a su concepto arbitrario. —Tu padre estudió tres años Arqueología y no pudo concluirla por el trabajo, pero hay muchos que trabajan y estudian. Tal vez si hubiera seguido, hoy pudiera decirnos algo sobre el fulano Australopithecus. —No es así, Layla —dijo Ramón desde el sofá—, lo que pasa es

que la albañilería me deja agotado al final del día. A veces el final de la jornada se extiende hasta el ocaso. Antonio miraba a su padre con admiración porque se dio cuenta de que había estudiado en la universidad. —Papá, mi mami cree que las fotos son falsas. —Sí, esas son falsas, hijo, lamentablemente hay tipos degenerados que solo les interesa la plata, para ellos la ciencia es simplemente un medio de riqueza. Pero ciertamente hay verdaderos científicos que han hecho avances importantes. —Pero, entonces, ¿hay pruebas verdaderas del eslabón perdido? —No hay tales pruebas, dijo Layla mientras cocinaba sobre la estufa. Ramón se levantó del sofá y se acercó a la cocina. —Se lo voy a enseñar, Layla, dijo. Layla abrió los ojos repentinamente: —No, Ramón, no se la enseñes, solo es un chico de nueve. —Pero es la clave, Layla. —Ninguna clave, Ramón, es solo un extraño desatino de la naturaleza. —Pues, sea como sea, ya es hora de que el chico vea las cosas como son... Ramón se puso frente a Antonio muy serio y le dijo: —Hijo, lo que verás ahora es en realidad la clave de la existencia. Acto seguido, se puso de espaldas y bajó sus pantalones. Frente al niño salió lo que podría definirse como una gran cola de mono semejante a las que había visto muchas veces en el zoológico. —Guau, papi... dijo Antonio, pero su mente no pudo resistir lo que vio y se desmayó. Cuando despertó, su padre seguía leyendo el periódico sobre el sofá y su madre cocinaba sobre la estufa. Resolvió que todo lo había soñado, que el eslabón perdido era solo un cuento y que su padre no tenía cola, pues era solo un humano.

La máquina

*Un viaje es una nueva vida, con un nacimiento,
un crecimiento y una muerte, que nos es ofrecida en
el interior de la otra. Aprovechémoslo.*

Paul Morand

PASABA POR UNA DE TANTAS CALLES
desiertas de Caracas un primero de enero. Recuerdo que fue en la Baralt, cerca del teatro Municipal, donde escuché el grito. Un grito de mujer. Un tipo tomaba a una chica por el cuello. Le daba golpes con su mano libre, la derecha. —¡Hey! —le dije—. ¡Métete con un hombre! El tipo volteó enseguida sorprendido. Lo noté algo nervioso después de verme. —¡Déjala ya, animal!, repliqué con determinación. Apretó con más fuerza a la chica. Fue cuando noté que era Gaby, una antigua compañera de escuela. Al verme, sus ojos suplicaron auxilio. Su piel comenzó a

cambiar de color a medida que el degenerado cerraba la mano sobre su cuello. Corrí hacia el tipo, ciego de ira, dispuesto a darle con todo lo que tenía. No medí su corpulencia, su altura o cualquier clase de ventaja que pudiera esconder. Solo quería quitarlo de encima de Gaby y darle hasta que me cansara. Pero al notar mi aproximación lanzó una carrera. No dejó ni los residuos de su apestoso olor. Gaby me apretó como si fuera el único ser sobre la Tierra. —*Gracias, Mario, llegaste como un milagro*, dijo. —*Supongo que era un violador o un malandro*. —*No, era Rocco, mi exnovio*. —*Debes conseguirlos menos peligrosos*. —*Sí, ya me lo habían dicho. ¿Y eso, verte por aquí en Caracas? Me habían dicho que estabas en España*. —*Sí, por un tiempo, pero siempre regreso por mi madre. Más en Navidad*. —*Sí, eso es lo que vale la pena*, dijo. Su mirada triste se perdió en el asfalto. No tenía buenas relaciones con su madre. —*¿Tomas café?*, dije sonriendo. —*Sí*, dijo con desgano.

Llegamos a casa, mi madre le dio un feliz año y la abrazó. Se alarmó al verla con las manchas violáceas de los golpes. Aplicó ungüento abarcando cada parte. Gaby daba salticos de dolor. Mi madre le recomendó que tuviera cuidado con los amores. Que los amores a veces matan. Luego hizo ese café espumante tan envidiado por los vecinos. Gaby recordaba algunas cosas: —*Una vez presentaste una lavadora inservible a la competencia de ciencias*. —*¡Ah!, mi máquina del tiempo...* —*Decías que era una máquina del tiempo, pero*

nadie te creía. —Tú sí. —Bueno, era muy inocentona. —Pero te gustaba. Había encontrado la manera de ponerla como nave espacial. —Solo por dentro, creo. —Sí, por dentro. Tenía palanca, manubrio y un asiento que en realidad era una patineta. —Me sorprende que recuerdes los detalles. —Claro, todavía guardo la máquina dentro del garaje. Gaby soltó una carcajada. Tenía tiempo que no veía aquella risa tan linda. Ese sonido que me atontaba cuando era chico. Me quedé viéndola fascinado. Por un momento creí que no habíamos crecido. Que todavía hacíamos viajes imaginarios en aquella máquina. De pronto la risa de Gaby se apagó. Otra vez su mirada se perdió y traspasó la pared. Pensaba en Rocco, en el temor de encontrarlo en cualquier parte y no poder zafarse de su amor enfermizo; ser perseguida, acosada, humillada frente a la gente; tener que decirle que sí por miedo.

Tomé su mano y la llevé al garaje. Quería hacerla feliz. Abrí la santamaría y le mostré la máquina. Gaby sonrió. —*La transformaste*, dijo sorprendida. —*Solo le hice algunos cambios. Por lo menos ahora no es una lavadora.* —*Para nada*, dijo Gaby fascinada. Entramos a un compartimiento luminiscente. Asiento, teclado, condensador de flujo, indicador de espacio-tiempo... —*Cuántas cosas tienes aquí... ¿Funcionan?* —*Sí, solo tienes que elegir tu destino en el indicador espacio-tiempo, y listo. Pan comido.* Sonrió escéptica. —*Voy a pretender que me traslado a otras épocas como cuando éramos niños. ¿Recuerdas? Nos sentábamos aquí y cerrábamos los ojos.*

Movías una pequeña manivela y decías en qué época estábamos. Era lo más divertido. —Pero sirve, ahora funciona de verdad. Ella hizo como que no escuchaba. —La vida no es una película de ciencia ficción, Mario. —Pero la máquina es real, Gaby. Solo tienes que resolver adónde ir... —Entonces llévame al pasado para borrar a Rocco de mi vida. —No es posible cambiar el pasado. —Vamos a intentarlo, dijo. Sus ojos se tornaron acuosos. Como una mujer que se despide del mundo para siempre. Entonces presioné el condensador de flujo, precisé nuestro destino en el indicador espacio-tiempo y desaparecimos.

El amor de María

CUANDO LA CONOCÍ ERA CALLADA A TAL EXTREMO que debía adivinar sus pensamientos. Salíamos todos los días después del trabajo y trataba de agradarla en todas las formas posibles. Sacarla de sí misma sería uno de esos trabajos dignos de un siquiatra o de esos amigos de la adolescencia que pervierten a los tímidos. Pero no sé si es que María era tímida o simplemente reservada, porque a la hora de contestar algo lo hacía crudamente sin medir la potencia corrosiva de sus frases. No obstante, sí, me enamoré porque necesitaba hacerlo de alguien, y no es que no busqué otros prospectos, sí los encontré, el problema es que no estaba entre los prospectos de aquellos... Mis amigos se burlaban al verla callada mientras yo no paraba, como una especie de can que ladraba y ladraba a su amo para que lo sacara a pasear, y así trascurrió un buen tiempo. Salíamos del trabajo

bajando por el bulevar, tomábamos café, íbamos al cine, devorábamos muchas clases de helados y tortas, pero nunca decía la frase que quería escuchar.

Un día salimos del trabajo muy tarde y la invité a tomar solo un café. El bulevar estaba casi en tinieblas porque faltaban faroles, desolado como un desierto de concreto; había mucha basura y latas de cerveza. Pateé una accidentalmente y de la sombra emergieron dos siluetas. Eran dos tipos drogados con navajas que pasaban de una mano a otra: —*Dame la cartera, chamo*. María lanzó su cartera y yo la mía, pero ellos se interesaron en María de otra forma. La puse detrás de mí y me cuadré como boxeador. El más grande me atacó con la navaja pero logré quitársela y le di un puño por la mandíbula desencajándosela; el otro logró cortarme un brazo pero lo desconecté con un rodillazo limpio en el tabique nasal. Luego de eso, como que no tuvieron voluntad de seguir y desaparecieron en las mismas sombras. —*Así pasa con los cobardes*, le dije a María. Ella corrió y se prendió a mí con una fuerza que me hizo entender lo que quería entender desde que la conocí. Podría haber sido un evento desafortunado si todo hubiera seguido igual entre María y yo, pero ella se tornó particularmente dulce metiendo los dedos de sus manos dentro de los míos, dándome besos casi a cada instante, unos besos cálidos y húmedos que interpretaba de la forma que lo interpretaría el mismo shekespierre, amor.

Si ustedes vieran cómo está María, dirían que es otra María. Ahora habla más que yo, expresa muchas cosas y creo conocerla bien. Cuando nos reunimos con mis amigos, lleva la delantera en muchos temas pero no le gusta que le lleven la contraria y quiere decidirlo todo, hasta el tipo de café que tomamos. —*Ya saben, no comeremos carne hoy, sino ensalada con pedacitos de pan.* Sagrada palabra, debemos pensar y comer lo que dice. El grupo ya le saca el cuerpo, no quieren que la traiga. Yo mismo me estoy obstinando con sus celos: me cela de las mujeres que pasan por la tele, de las autoras de los libros, de las profes de la universidad, de los personajes de mis cuentos, hasta de mis hermanas y de mi madre.

Quiere casarse conmigo y ya tiene todo preparado. Todo será de blanco como en las películas. Seleccionó los invitados, el servicio, la comida, los trajes, la ropa interior, los padrinos, las madrinas, el sacerdote, el carro, la luna de miel, la casa donde viviremos, los hijos que tendremos (una niña y un niño nada más), el trabajo que tendré (no le gusta que sea escritor, quiere que sea médico); tiene una lista de todo lo que debemos hacer cuando seamos abuelos, envejeceremos en una casa de campo, dice, y trataremos, no digo que sea posible, de que la muerte nos lleve al mismo tiempo.

Laberinto

HABÍA CAPTADO LA ATENCIÓN DE LOS CHICOS con habilidades artísticas desconocidas. De verdad nunca supe cómo me salieron esos trazos. Fue algo sin calcular. Espontáneo. Sobre el pizarrón había logrado delinear los rostros de Bolívar, Miranda, Washington y Robespierre. También algunas facetas de las principales batallas. Todo se torna interesante cuando desnudamos los detalles: la artillería empleada, uniformes, rutas, estrategias... entre otros rudimentos. Me hubiera gustado tomar fotos de esa pizarra atiborrada de imágenes y colores. Una señora miraba desde la ventanilla. Sonreía al ver a los chicos motivados con esos retratos de hombres muertos. Tal vez esperaba encontrar una típica clase aburrida. Los profes de historia tenemos esta fama y, cuando hacemos algo inusitado, la gente se sorprende. Gente como esa señora que permanece aún

en la puerta, y no para de verme con ojos luminosos. Podría hacerme una idea aproximada de su edad. Tal vez tiene como treinta y siete. Podría haber estudiado aquí cuando niña. Quizá estaba en una reunión de padres y pasó sin pensar por esta aula de los recuerdos. Ahora me saluda, me llama con su mano. Camino hasta la ventanilla y me dice que es la mamá de Luis Quintero. Yo le digo con cordial sonrisa: —*El muchacho es uno de los mejores.* Ella sonríe con todos sus dientes. —*Sí, lo sé, he visto sus notas. Pero no va bien en matemáticas, ¿sabe usted algo de matemáticas?* —*Sí, pero creo que le puedo recomendar a un colega muy bueno. Un verdadero especialista en esas lides.* —*No, quiero que sea usted. Quiero que ayude a Luisito en mi casa.* Su inflexión sonó algo impositiva, pero dije que sí, sin pensar. Se iba contenta, y en el último momento, sus ojos hicieron algo pícaro. Trato de traducir el gesto pero resulta imposible. En mi vida siempre ha resultado un completo acertijo la multiplicidad de formas de comunicación de una mujer, desde la más sutil e imperceptible, hasta la más llamativa y obvia. Pero quién podría imaginar siquiera que esa mujer, la madre de Luisito, padecía cierta demencia. No pasó por mi cabeza tal idea, qué lástima, me hubiera podido zafar a tiempo.

Llegué a su casa a las diez del día sábado. Acordé solo los sábados hasta las doce. Elvira me atendía como un rey mientras enseñaba a Luisito. Cada sábado me ponía más cómodo en su casa. Me hacía succulentas

comidas. Me trataba con más confianza. Hasta que un sábado me puso la bata y las pantuflas de su esposo difunto. Me dijo que no había problema. Pero no me gustaba la idea. Quién podía asegurar que su olor no estaba aún en los tejidos. Comenzó a mirarme raro desde ese día. Era una mirada brillante y tierna. Intuí que me confundía con su esposo muerto. Efectivamente uno de esos días me llamó por su nombre; dijo claramente: Eulogio, y se disculpó. —*Perdona, sé que eres Julián, pero a veces te pareces tanto a él...*

Apuré el paso con las clases de Luisito y en un mes terminé mi trabajo. Su recuperación en matemáticas era incuestionable, pese a que mi título no decía nada al respecto. Ya no había razón para ir los sábados, y no fui más. Pero Elvira iba todos los días al colegio. El pretexto tácito, visitar a su hijo. Se paraba en la ventanilla a mirarme durante horas. Comprobé que la visión dirigida a un punto específico imprime una fuerza que puede golpear las sienes. De pronto, venía con cualquier cosa: café, dulces, panecillos... sobre todo los panecillos rellenos de crema pastelera. Un día comenzó a traerme el almuerzo en una vieja lonchera. Supe que había sido de Eulogio, las iniciales E. Q. estaban grabadas. Los chicos empezaron a notar la cercanía de Elvira y bromeaban a mis espaldas. Cuando me aproximaba escuchaba que le decían a Luisito que ahí venía su nuevo padre. Luisito echaba chispas; no podía asimilar la idea de que alguien ocupara el lugar de su padre difunto.

Era cuestión de honor para él, de una fidelidad que iba más allá de la muerte. Yo lo entendía, y me gustaba que pensara así. Nunca hubiera querido que se ilusionara conmigo, no sé si tenía talante de padre. Además, no veía a Elvira como una futura novia, sino como una amiga, una extraña amiga.

Un día Elvira se presentó en mi casa. No puedo explicar cómo dio con la puerta. Nunca daba mi verdadera dirección porque vivía en un rancho maloliente de El Guarataro. Robaban a cualquier desconocido que pasara a cualquier hora. Pero ella llegó ilesa y tocó mi puerta. Le abrí y me quedé por un instante inmóvil. —*Es obvio que te sorprendí*—dijo—. *Ya era hora de que conociera tu casa.* —¿*Quién te dio mi dirección?*—*Tú mismo*, dijo. —*No, yo nunca...* —*Claro*—interrumpió—, *no me la diste apropiadamente. Pero te dejaste seguir por mí.* Pasó sin permiso dentro de mi hogar. Miraba todo con ojos escrutadores. Llegó a la cocina y alzaba las tapas de las ollas. —*Necesitas cocinar algo.* Sacó una pasta de la alacena, peló unos tomates y plátanos. En media hora ya tenía el almuerzo. —*Siéntate*, dijo. Me senté y comí. Ella se puso por detrás y me acarició el cuello, el cabello. A veces la piel tiende a ser muy traicionera. Elvira enrolló su lengua en mi oreja. Me abrazó metiendo sus brazos dentro de mi camisa. Entonces me giré y la tomé y la tiré en la cama. Su ropa se desprendió con una suavidad que erizaba su propia piel y excitaba mi imaginación. Dos imponentes picos nevados me desafiaron.

Los escalé con meticulosidad hasta su cúspide. Descendí por el largo tobogán central, dejándome caer hasta la isla. En medio de una gramínea disminuida pero suave se hallaba el delicioso tesoro. Tomé lo que necesité hasta saciar mi apetito de corsario envilecido. Pero al terminar me sentí vacío, tan vacío como una cuenca sin agua, como un pirata sin tesoro. Ella, por el contrario, tenía cara de plenitud. Encendió un cigarrillo y lo aspiraba con fruición, haciendo espirales de humo que ascendían hasta el techo. —*Apágalo* —le dije—, *en mi casa no se fuma*. En segundos me vestí y ella seguía sobre la cama. —*Vete*, le dije. —*Bueno, Julián, me desechas como un traste después de amarnos con locura*. —*Tienes razón, con locura. Porque fui un loco al hacerlo contigo*. —*Te comportas igual que Eulogio*. —*Yo no soy Eulogio*. —*Para mí lo eres*. —*Estás loca*. —*Como quieras, pero no me iré*. —*Sal de mi casa*, le dije, llevándola del brazo hasta la puerta. Ella salió riéndose, regodeándose en su locura. —*Mañana te llevo el almuerzo, Eulogio querido*, dijo.

Me sentí atrapado en un laberinto. Mi apariencia física había desmejorado con el acoso de Elvira. Mis clases bajaban de calidad gradualmente. Mis colegas me lo decían. Me notaban desconectado, aislado. Como un autista que trataba de huir de una realidad destructora. Pero creo que yo tenía parte de la culpa, porque, a veces, le abría la puerta y dejaba que me dijera Eulogio. Es que me sentía tan solo que no podía resistirme ni siquiera al cariño de una

loca. Entonces entraba en su juego de seducción y bebía sediento el veneno mortal de su pasión. Luego la echaba de la casa arrepentido, como un comensal que se mete los dedos en la boca después de comer y expulsa los restos de la cena. Pasaban los días y volvía a repetirse todo de nuevo. Como un carrusel que gira y aumenta su velocidad hasta salirse de control. Visité un sicólogo y me dijo que la acosadora no era más que una viuda con falta de cariño, que a ningún hombre le hacía daño una mujer así. Mucha gente me dijo lo mismo. Pensé en mi soledad. Me vi envejecer y morir sin nadie a mi lado. Por eso la busqué y le di una copia de la llave del rancho. Pero no fue suficiente para ella, y tomé la decisión de vender aquella favela que un día me salvó de la intemperie. Me mudé a su apartamento en Ruperto Lugo. Vivía la vida de Eulogio. Encerrado en el noveno piso de un cubo de concreto. Poniéndome su ropa, sus pantuflas, durmiendo en su lado preferido de la cama y copulando con su viuda. Tal como un desmemoriado de mi propia vida, iba asumiendo nuevos roles. Embutiéndome lentamente en la piel del finado Eulogio. Hasta que un día, un día como cualquier otro, Julián desapareció del todo, y no supe más de él.

Vecinos indiscretos

(Inspirada en la película *La ventana indiscreta*, de 1954, de Alfred Joseph Hitchcock).

—Papi, cierra la ventana que está mirando otra vez.

—Ese tipo no puede ver que entras al baño. Parece que te estuviera cazando las veinticuatro horas.

—No sé... yo no tengo la culpa, papi.

—Claro, las mujeres siempre le vienen con eso a uno, ¿por qué no dicen la verdad?

—¿Cuál verdad?

—¿Cuál va a ser? ¡Que les gusta que se las devoren con los ojos!

—Me ofendes, ¿acaso yo tengo la culpa de que un 99% de los hombres tengan testículos por cerebro? Además, ese hombre parece que está enfermo. Quién sabe, puede que sea un retardado mental.

—Sí, está enfermo de tanto ver por la ventana a las mujeres de otros...

—Lo que te digo puede ser verdad, papi. Hay un alto porcentaje de hombres que tienen el síndrome de Down, y luego de adultos, después de morir sus padres, viven solos en un departamento.

—Tú y tus porcentajes, Marilú. Yo creo que ese tipo es más inteligente que tú y yo. ¿Acaso no te das cuenta de cómo maneja sus prismáticos, cómo los gradúa con su dedo? Lo hace como si estuviera investigándonos con una frialdad que intriga. Te digo que si no captara desde aquí sus pupilas libidinosas, pensaría que es un investigador privado, o un agente del Cicpc. ¡Pero míralo!, ni siquiera disimula cuando lo vemos fijamente.

—Cierra la ventana, papi, ¡cómo te gusta abrumarte con la gente!

—Sí, se la voy a cerrar en la cara al tipo ese.

Al día siguiente, Cosme abrió la ventana, y no vio a nadie en la de enfrente. Se sintió cómodo. Se metió al baño y comenzó a cantar *La donna è mobile* bajo la ducha fría. Marilú se sentó en la mesa de la cocina con el desayuno. Se metía pedacitos de pan en la boca mientras veía la ventana del vecino curioso.

—Papi —decía en voz alta—, por fin el vecino nos dejó en paz.

—Sí, ya me di cuenta. Fue una fortuna abrir la ventana y no encontrarlo pegado al vidrio como un limpiapeceras.

—Aquí tengo tus arepas.

—Okey, tápalas, quiero quedarme un rato más bajo esta agua rica.

—No sé cómo la aguantas tan temprano, parece hielo.

—Me despierta, Marilú.

—Me mata. La prefiero tibia.

Marilú tomó otro sorbo de café y miró por la ventana. Se quedó con la taza detenida en su boca cuando apareció una mujer mirando a través de los prismáticos.

—No vas a creer esto, papi, pero ahora está la esposa enfocándonos con los prismáticos.

—Bueno, si es una mujer no es tanto el problema.

—¿Por qué? —dijo ella frunciendo el entrecejo.

—Bueno, tú sabes, Marilú, las mujeres no son tan morbosas. Dime, ¿qué puede estar viendo?, ¿el color de nuestros muebles?, ¿el diseño de la cocina?, ¿las baldosas?...

—Yo creo que debemos poner la puerta del baño cuanto antes —dijo ella mordisqueando la arepa.

Cosme salía del baño sin la toalla. Se paró precisamente en el umbral, haciendo una especie de estiramiento físico.

—Pero, ¿qué haces?, ¿por qué te paras allí desnudo?

—Vas a ver, se va a asustar...

Cosme se pasaba la toalla por la entrepierna, debajo del sobaco, y detrás de la espalda. Entonces inició una especie de danza sensual.

—No creo que se asuste, Cosme.

—Espera un minuto...

Cosme volvía a moverse como si estuviera ejecutando cabalmente algún tipo de danza oriental.

—No voy a esperar más. ¡Esa mujer te está buceando, Cosme! Mira cómo gradúa el binocular, mira cómo se ríe y se lame el labio superior, es una... una... ¡perra!

—¿Te fijas? —dijo Cosme con una sonrisa—, ¿ves cómo se siente uno?

—¡Ah, eso querías, descubrártela!

—Siempre te vas por el lado de la venganza, mi amor. Lo que quiero es enseñarte cómo son las cosas. Te llevo algunos años...

—Sí, en estos casos parece que me llevas todos los años del mundo...

—Pero no te molestes. Ya me pongo la toalla. ¿Ves? Ya me la puse.

—Lo que quiero es que no te comportes como un estríper.

—Fue solo una manera de alejarla. A esos fisgonos es mejor confrontarlos. Mi primo el psicólogo dice que, a los sádicos, no hay que mostrarles miedo. A veces me cuenta que, durante las crisis, ha tenido que mostrarles hasta su miembro para que sepan quién es el jefe.

—¡Por Dios, papi, qué vergüenza! No te creo.

—No, él lo dice muy en serio. Si supieras las historias que tiene sobre las ninfómanas...

—No, no, no me cuentes esas cochinadas... mira, parece que se quitó.

—Sí, y mira quién llegó, el fisgón.

—Parece que trae una cena muy especial, mira las botellas, papi, champaña, umm... ¿desde cuándo no me haces algo así?

—Bueno, mujer, la masa no está pa' bollo.

—Mira cómo cenan... ¡qué lindo! Viste, hasta la gente rara es romántica con su pareja.

—Me conoces, Marilú, sabes que nunca he sido romántico.

—Pero es que ni siquiera haces el esfuerzo. ¡Ah, qué preciosa escena!, ¡cómo le besa las manos!, y el candelabro hace un ambiente formidable. ¡Todo tan cálido!

—Creo que se me aguan los ojos, Marilú. Casi lloro...

—¡Ja, ja, ja!, tienes que aprender, papi. Pásame los binóculos, porfa...

—Aprender de un par de sádicos, estás loca... ¡toma!

—Entonces prefiero enamorarme de uno.

—Mira lo que dices, ¡luego soy yo el de las ofensas!

Marilú se ríe mientras mira cada detalle con los binóculos. Cosme se queja mientras ella describe cada movimiento de los vecinos.

—Parece que conversan. Mira, ahora se levantan. Creo que ya cenaron. Él, tan caballeroso, le retira

la silla delicadamente, ¡ah!, si tú lo hicieras, colocaría un cuadro tuyo en medio de la sala.

—Ya basta, Marilú, ¿acaso no te has dado cuenta en qué nos hemos convertido?

—Sí, en un matrimonio aburrido.

—No, creo que no lo entiendes.

—Sí, ahora lo entiendo, y muy bien... Mira, se dirigen al cuarto...

—¡Basta, Marilú!, no hago más este papelito.

—¿Cuál papelito?

—Pues, el de fisgón, el de fisgón, mujer.

Mi amiga la mosca

A la memoria de Franz Kafka y su novela

La metamorfosis.

(Franz Kafka, 1883-1924)

A la memoria de James Clavell

y su guión cinematográfico *La mosca.*

(James Clavell, 1924-1994)

1

RUFUS VILORIA LAMENTÓ HACER AQUEL EXPERIMENTO con la *Prosopomya Pallida*, una simple mosca doméstica que sometió a un procedimiento doloroso para analizar su hemolinfa. Necesitaba aislar la proteína que la hacía inmune a cualquier clase de invasión bacteriana. Fue abriendo el abdomen de la mosca con un escalpelo diminuto. Sale la hemolinfa color sangre. La

mosca se contorsiona, mueve las patas y comienza a desesperarse. Rufus presiona con la pinza la cabeza del insecto, que hace un movimiento brusco, como si quisiera desprenderse del resto, pero luego se contrae. Expira. La hemolinfa ha salido casi por completo de su cavidad. El ojo del científico sobre el lente del microscopio se expande, gradúa, gradúa el aumento del aparato, mira los hemocitos, gradúa aún más, más, ahí está la proteína, quiere separarla del resto, pero está adherida a un átomo de hierro formando una molécula. Es complejo, complejísimo. Rufus añade un aislante que ha trabajado por muchos años; es efectivo para hemocultivos. Lo logra. La proteína por fin es aislada. Tiene en sus manos quizás el antídoto contra todos los elementos patógenos del mundo.

Pasaron meses de arduo trabajo para producir el *Vilorium*. Rufus no quería avisar a la prensa hasta descartar todos sus efectos secundarios. Él mismo sería el conejillo de indias. Tenía dos meses tomando diariamente 20cc de la fórmula para suprimir una infección que se provocó con miasmas de una industria química. Resultado: los bacilos anómalos no pudieron adherirse a sus tejidos, vísceras, o contaminar su sangre. Por el contrario, el *Vilorium* aumentaba el número de sus plaquetas fortaleciendo las defensas de su sangre, desarrollando su fibra muscular y provocando la proliferación de vellos sobre su piel. Gradualmente sentía que sus fuerzas aumentaban, que sus cuarenta y ocho años cambiaban a veinte. Pero

Rufus se turbó. Un presagio nefasto y abrumador dirigió sus pensamientos a una terrible posibilidad: la fórmula del *Vilorium* quizás no estaba completa. Tal vez desde el comienzo fue un perfecto error. La proteína nunca debió ser sustraída de la mosca. El tiempo pasaba y su compulsión por el *Vilorium* se acentuaba: temblaba, sudaba frío, se tornaba irascible, violento, no podía concentrarse en lo que hacía. Su corazón latía rápidamente. Se acordó de aquella vieja película llamada *La mosca* y lanzó una carcajada. No podía creerlo. Sus colegas se burlarían con solo decirlo. ¿Decir qué?, ¿que probablemente estaría en la fase intermedia de una metamorfosis? Volvió a carcajearse, pero esta vez con miedo, un miedo que se le notaba en su mirada. Un miedo que provocaba el movimiento involuntario de su pómulo izquierdo y un frío desagradable en su espalda. —¡Basta! —pensaba—, *lo que experimento no es más que la reacción lógica de una droga, su dependencia irrefrenable*. Los días se encargaron de mostrarle a Rufus la terrible verdad. Cuando el espejo del baño le reveló la probóscide de una horrenda mosca. Vomitó al instante, manchando el espejo de un líquido viscoso que derretía todo. Era el vómito de una genuina *Prosopomya Pallida*. Ojos compuestos color rojizo, cabeza cubierta de filamentos parecidos al pelo, pero nunca comparables. —¡Mi cuerpo!, gritó. Rufus quería ver su cuerpo. Corrió enseguida al espejo grande del techo del laboratorio. Intentaba tercamente acostarse en el piso

para quedar frente al espejo, pero no lograba hacerlo por su inmenso abdomen. Un picor irresistible en la espalda accionó el siseo de dos alas translúcidas. Algo gelatinoso expulsó repentinamente de sus intestinos. Era algo negro y pegajoso que manchó sus patas. Estaba asustado, pero iracundo, al punto de lanzar el instrumental al piso, voltear mesas, pipetas, frascos y refrigeradores. Rufus gritaba, gritaba con un sonido de bicho.

Los vecinos avisaron a la policía sobre los ruidos que salían de casa del doctor Viloría. Y en poco tiempo, los azules tumbaban la santamaría del laboratorio. Había bomberos, ambulancias, reporteros, cámaras y vecinos curiosos. Todos se adentraron y vieron con sorpresa a una mosca gigante revoloteando por el aire, golpeando las cosas, diciendo palabrotas con una voz disminuida que salía de alguna parte de su horrenda cabeza. El sonido se hizo cada vez más inaudible, hasta que solo se percibía como un leve chasquido, y luego el interminable siseo de un insecto que volaba por el aire.

2

Hombre mosca descubierto en el laboratorio del profesor Rufus Viloría. Así amanecieron los tabloides. Las fotos mostraban al enorme díptero que según las fuentes era capaz de comerse a un humano de un solo bocado. —*¡Así que este era el gran proyecto de Viloría!*, vociferó Carpio Manrique, colaborador

financiero para el proyecto Vilorium. —*Todos estos meses, todo este dinero despilfarrado. ¡Dios mío! ¡Lo mato! Le quito todo, hasta su madre. Y ni pensarlo que le daré otra oportunidad al desgraciado.*

Manrique movió todos sus tentáculos. Hombres de negro recorrían la ciudad con gafas oscuras y Colts 3.8 con silenciadores. Sus lustrosos autos negros se mimetizaban con la turbia claridad de los faroles. Tenían orden de traerlo vivo o muerto. Era cuestión de tiempo para que lo consiguieran. Pero con las presiones de Manrique, sus hombres se desesperaban. Se metían entonces en cualquier casa sospechosa, salpicando de sangre las ventanas con los tiros que aplicaban a uno que se quedó mudo porque no quiso hablar, o porque tal vez le dio un tembleque, o porque con el miedo le dio por correr. Pero el “yo no sé nada...” se repetía y seguía corriendo sangre por las calles, y los obituarios engordando los periódicos. Muchas veces la atrocidad era tan grande que los horrendos fotolitos ocupaban la primera plana. Sobre el sofá de una casa amanecía un cadáver desnudo con hematomas y un tiro de Colt en la ingle. A las cinco de la tarde de un jueves, flotaba un bulto en el río Guaire en evidente estado de descomposición. Según forenses, había sido una muerte causada por los tiros de una Colt. El sábado a las doce, hombres de traje fueron vistos llevando Colts, por los vecinos del piso 9 de un edificio sin nombre. Según, habían tumbado la puerta del 94, y que luego de escucharse

disparos, el dueño salió por la ventana estrellándose sobre el concreto. La víctima había muerto antes de la caída por cuatro tiros de Colt. Manrique, iracundo, al ver las últimas acciones de sus hombres, pateó a su bulldog en el rabo, pero este se le aferró a la pantoquilla mordiénola como lo hacía con su hueso. Vio todo gris cuando los filosos colmillos de su bulldog le laceraban los tendones de su pierna izquierda. Una ambulancia lo dejó en la clínica, mientras llamaba a los médicos con alaridos de apremio: —*¡Apúrense, miserables que se me muere la pierna!* En medio de su fatalidad pensaba en Iturrieta, el jefe del grupo que había contratado para hallar a Viloría. No podía creer que esos zopencos lo expusieran tanto. —*Todos saben que ellos trabajan para mí*, decía en voz alta. Quería tener a Iturrieta en frente para partirle la cara. Aquellas Colts 3.8 las había traído él mismo de Miami para usarlas en su polígono de tiro, no para mancharlas llenándolas de sangre. No era lo que le había dicho a Iturrieta, y cada vez que lo pensaba, se arrepentía más de haberlas colocado en manos de aquel grupo de pendejos. Era lo más fácil del mundo encontrar a un científico loco, barbudo, famélico, con una maleta llena de frascos y tubos de ensayo, probablemente vestido con una bata llena de manchas de sustratos y ácidos sulfurados. No podía imaginar a sus hombres echando tiros a mansalva, convirtiéndolo todo en un caso de crónicas urbanas, mientras los sabuesos con placa olfateaban las innumerables pistas que dejaban.

Manrique casi se veía esposado en los diarios, llevado ante un tribunal por homicidio culposo, condenado quizá a treinta años o más. Todo por culpa de unos mequetrefes que se emocionaron con las armas que les dio. Pero ¿qué quería Manrique? Quería un trabajo limpio y sin estrépito. Quería a Viloria amarrado en una butaca de su oficina para cobrarse la paga de cinco meses de financiamiento; obligarle a trabajar en algo importante, como por ejemplo: la cura del sida, el cáncer, el mal de Parkinson, la diabetes..., en fin, algo importante para la humanidad, y para sus cuentas bancarias.

Después que Manrique despidió a Iturrieta y sus muchachos, extrañamente los asesinatos siguieron dándose en las calles. La opinión pública relacionaba aquellas grotescas muertes con la famosa mosca come carne. Los periódicos, la tele, la radio, se hacían eco de los comentarios de la gente. Las conjeturas describían escenas donde una terrible mosca gigante hacía incisiones certeras en el cráneo de los humanos, sorbiendo su materia gelatinosa. Un tipo que entrevistaron dijo: —*Solo sé que se escucha como un sfff... interminable, que se hace cada vez más cercano hasta que, ¡plaf!, algo te da por la cabeza, y no sabes más de ti...* Artículos cada vez más escabrosos se publicaban en los diarios y revistas. Un famoso novelista intentó escribir la historia desde el principio, pero la dejó inconclusa porque temía que la mosca pudiera vengarse de su osadía. El miedo parecía respirarse como el aire,

un aire denso y alucinador como la morfina, proclive a transmutar en pánico enceguedor. La policía estaba confundida porque los cadáveres que encontraban ya no eran víctimas de una Colt, sino de cortes extraños en el cráneo.

3

Carpio Manrique no dejó de ser un sospechoso. Por eso utilizó nuevamente su técnica de persuasión más desarrollada para influir en la policía: el soborno. Y otra vez un inocente tendría que sacrificar treinta años de su vida. Todo porque un hombre más poderoso movió aquellos hilillos invisibles, donde todo se sabe, se modifica y se determina a conveniencia de unos pocos. Esta vez el que pagó fue Manolo, cuya acuosa mirada acariciaba cada parte de su casa. Cada rincón le recordaba su esfuerzo por alcanzar todo lo que había logrado en años. El clic aceitado de las esposas era, para su corazón, el sonido de una marcha fúnebre. Tenía que despedirse de todo. De su bella esposa que parecía quemarlo con sus lágrimas. Llamaría a un abogado, a ver qué podía hacer en una situación como esta, donde todas las pruebas lo acusaban. Pruebas incriminatorias que aparecieron como por arte de magia dentro de su caja fuerte. Como las Colts que también fueron encontradas en su polígono de tiro. Eran evidencias muy contundentes.

Manrique campaneaba un whisky en las rocas mientras detallaba por televisión el traslado de Manolo a la corte. Un débil remordimiento le molestaba cuando veía la cara del supuesto criminal y de su esposa, llorando con el rostro manchado de maquillaje. En fin, todo muy trágico y conmovedor. Pero su pensamiento suprimió todo escrúpulo: —*Lo siento, señor Manolo, pero era usted o yo.*

Minutos antes de que Manolo se introdujera en la corte, viéndose acorralado por las cámaras y los comentarios de los medios, respondió: —*No sé quién me incriminó, pero sé que todo sale a la luz en este mundo.* Lo dijo mirando a las cámaras, como si pudiera ver a través de ellas la cara del verdadero culpable. De pronto, un griterío retumbó más allá de las cámaras. La gente que rodeaba al sospechoso se dispersó corriendo. La reportera se lanzó de bruces al piso, mientras le gritaba a Crispín que tomara toda la escena, la escena donde la mosca aferró a Manolo con sus patas y se lo llevó a gran velocidad hasta ocultarse entre las nubes.

4

Luego de kilómetros de vuelo, la mosca descendió repentinamente. Manolo entreabrió sus ojos y oteó con pánico su probóscide. Hacía aquel sonido con sus alas limpiándose sus ojos con las patas. Manolo temblaba y castañeaba como si quisiera comerse sus propios dientes. Se quedó como hielo

cuando la mosca lo tomó y lo lanzó repentinamente hacia la puerta de una quinta, una hermosa quinta rodeada de muros y alambres. Con una de sus patas señaló la ubicación de unas llaves bajo el tapete. Manolo abrió la puerta y entraron, y lo que tenía apariencia de una hermosa quinta, por dentro, era en realidad un enorme laboratorio. Manolo sufrió una severa complicación estomacal. Lanzó un gas, varios gases. Sus hediondas emisiones lo hacían más apetecible para la mosca, pero ella no lo engulló, sino que emitió un sonido como de radio mal sintonizado. Lo hizo por un buen rato hasta que en medio de esa estridencia se percibió una voz humana. Era la voz de Rufus Vloria: —*No voy a hacerte daño*, dijo. Manolo quería salir de allí, pero estaba paralizado del pánico. Veía el movimiento de su larga probóscide, parecida a la trompa de un oso hormiguero, pero más grande y horrenda. Su baba corrosiva, sus patas llenas de pelos, su cabezota, sus alas translúcidas y aquellos colosales ojos compuestos. Por momentos no parecía ni siquiera una mosca, sino un extraterrestre. —*No te asustes —dijo—, aunque parezca un monstruo. Necesito tu ayuda para revertir los efectos de mi fórmula. Creo que consumiendo la misma proporción que ingerí al principio, mi ADN volverá a acoplar los eslabones originales. ¿Deseas decir algo? ¿Decir?, ¿decir qué?* Manolo no podía decir nada. Estaba al borde de un colapso nervioso. Ese día había sido violento, cruel y fantasioso, como parte de un relato de Stephen King, pero Rufus Vloria pudo

encontrar ayuda en Manolo para preparar la fórmula. No fue fácil realizar el procedimiento de la primera vez cuando se le hizo un mundo extraer la proteína y luego mezclarla con los sulfatos en las proporciones exactas. Esta vez su trabajo dependía en buena medida de que Manolo ejecutara al pie de la letra sus instrucciones porque sus facultades mentales se reducían día a día. Sus pensamientos se hacían cada vez más difusos. Poco a poco perdía el control que solía tener sobre su cuerpo. Ambos entendieron que los efectos del *Vilorium* todavía permanecían activos en él, degradando cada segundo su parte humana, quizás hasta destruirla por completo. Era por eso el apremio y su explosiva irritabilidad cuando Manolo fallaba en la proporción y tenía que repetirse la fórmula nuevamente. Entonces tumbaba las pipetas, volteaba las mesas, volaba por el laboratorio golpeándose violentamente contra las paredes, tratando tal vez así de terminar con su existencia. De terminar con el martirio que agujijoneaba su mente. Ese martirio que en realidad era el temor de perderse a sí mismo, de existir sin saber que existía, de ser absorbido completamente por la irracionalidad propia de los dípteros, y perderse irremediablemente de su mundo.

Manolo logró compadecerse de su estado, comprenderlo, al punto de convertirse en un excelente asistente, un químico formidable. Cada instrucción era ejecutada al pie de la letra, hasta que la fórmula pudo terminarse. Así nació una amistad que con los

años se volvió un nexo de fraternidad inquebrantable. La mosca metió su probóscide en la fórmula, y sorbió, sorbió como no lo había hecho en años. Pero Rufus tenía la sospecha de que algo estaba mal: no sentía los efectos de la primera vez. La excesiva sudoración, la taquicardia, el leve mareo. Era como si el *Vilorium* hubiera perdido su efecto. Miró la cara risueña y esperanzadora de su ayudante, tal vez esperando que dijera algo, que qué sentía, por ejemplo, pero no, no sentía nada, ese era precisamente el problema. Viloría señaló la puerta con su pata. Manolo entendía bien qué significaba. Ya se lo había dicho antes. Se lo había advertido en caso de que el experimento fracasara; tendría que irse y olvidar todo lo que había pasado. Ese era el trato: respetaría su vida si no decía nunca su paradero. Por el contrario, Manolo se fue triste, preocupado por Rufus, preocupado de que lo encontrara la policía dentro de aquel laboratorio, preocupado de que se suicidara o lo mataran.

Manolo llegó a su casa de noche como un espectro. Entró burlando el sistema de seguridad. Encontró a la esposa hablándole antes de dormir como si él estuviera allí, sobre la cama. Entre lágrimas mencionaba su nombre una y otra vez: —*Manolo, Manolo, mi Manolo*. Tal vez lo daba por muerto y hablaba tristemente con su fantasma. Pero esta vez él le respondió y ella se quedó muda de la conmoción: —*No llores, mi chichita, aquí estoy, vivo*. La esposa le brincó encima y le besó, apretó su cabeza entre sus grandes

pechos. —*Manolo, mi amor, ¿qué te pasó? Estaba angustiada por ti porque aquella mosca...* Manolo le tapó la boca con la suya y sus manos la recorrieron, la abor-daron con hambre de deseo contenido por muchos días. Extrañaba el sabor de su carne, su porosidad, su suavidad. Apretaba sus labios carnosos con los dientes. Era como morder una ciruela llena de jugos. —*Chichita, mi amor* —decía—, *¿cómo te extrañé todo este tiempo!* Ella callaba, solo lo miraba devorarla hasta perder los sentidos.

Chichita le contó todo a Manolo. Resultaba que mientras él permanecía incomunicado por la mosca, la policía había detenido a la banda de Iturrieta. Confesaron que había sido el empresario Carpio Manrique quien les pagó para atrapar a Viloría, y no Manolo Garnica. Reconocieron algunos asesinatos que justificaron como legítima defensa, porque las víctimas trataban de agredirlos. Patraña que la policía no se tragó y los tribunales no creyeron. Carpio Manrique fue llevado por fin a prisión, tras suficientes indicios incriminatorios. La sentencia fue irrevocable para los imputados: Manrique, treinta años por homicidio intelectual y premeditación en primer grado. Iturrieta y su banda, treinta años por homicidio culposo en primer grado.

Manolo en rueda de prensa limpió su nombre. —*Pero, señor Garnica, díganos, ¿por qué la mosca come carne no se lo comió?* —*Señores, ustedes mienten, esa mosca no come carne. Nunca me hizo daño, se los aseguro.*

—¿Y cómo regresó a su hogar, volando como Superman?
—No, solo me dejó ir. —¿Sí?, ¿así nomás? —Sí, así es.
—Díganos, ¿la mosca lo llevó a su casa y le preparó una
piña colada? —¡Basta, señores! No he venido a jugar,
solo a dejar claro que soy inocente. —Sí, claro, lo sabe-
mos, pero, ¿cuándo nos va a presentar a la mosca? Todos
lanzaron carcajadas, hasta el mismo Manolo sonrió.
Estaba claro que su inocencia o el arresto de los ver-
daderos culpables no era la noticia; la noticia era la
mosca. Y seguiría siéndolo por mucho tiempo.

Al borde del caos

El Caracazo, un día que los venezolanos nunca olvidaron.

Anónimo

SALÍ DEL RETÉN DE CATIA EL 27 DE FEBRERO DE MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y NUEVE. El cabo Peñaloza me lanzaba mi bolsa de plástico. Dentro tenía los escasos artilugios de mi antigua vida: reloj, billetera, una llave y unos lentes oscuros. —*Aquí te espero*, dijo sarcástico. —*Espérame senta'o*, le dije. Había vivido literalmente un infierno, en la completa acepción de la frase. Ocho años protegiéndome hasta de mi sombra. Durmiendo vestido y con los ojos abiertos, aferrado a un pedazo de metal oxidado como el único objeto que podía asegurar mi permanencia. —*Escogiste un mal día para salir. Venezuela se volvió loca*. En verdad, tal vez no saldría, era cuestión de tiempo para que

suspendieran las excarcelaciones. —*¡El saqueo!* —gritó Peñaloza—. *Los caraqueños saquean las bodegas, las tiendas, los centros comerciales, creo que se llevan hasta las piezas de los museos.*

Justo al momento de franquear el portón, Peñaloza leía la orden de suspensión. Ningún preso podía salir hasta nuevo aviso. Se puso las manos en la cabeza al verme pasar la autopista y alejarme. La guardia y la policía estaban en la calle, tratando de poner orden a las turbas que venían a romper las santamarías de las bodegas y supermercados. Vi con mis propios ojos a los dueños gritando sin voz en medio de los saqueadores, tratando de evitar lo inevitable. En la medida en que avanzaba por Catia, escuchaba la palabra “saqueo” repetirse y, de inmediato, otro negocio era destripado por la fuerza de muchos brazos desesperados. Los azules ya no se oponían al caos, a los intereses de ese océano de seres sin identidad que mordían sus propias entrañas.

Llegué a mi barrio en Los Magallanes. La gente de la calle Unión metía paquetes de comida y trozos de carne de muchos kilos en sus casas. Observé la puerta de mi casa, o la que había sido mi casa, abierta. Un tipo sin camisa, botas y pantalones de policía, trataba de meter un mueble aterciopelado. Era lujoso, como esos que salen en las revistas. Le di una idea para introducirlo inclinado y resultó. El tipo me dio las gracias y me miró penetrante esperando que me fuera. Trancó la puerta en mis narices. Metí la mano

en mi bolsillo y saqué la llave. La introduje, pero no giraba sobre el eje de la cerradura. Toqué. El mismo hombre abrió de inmediato. —¿*Qué quiere?*, dijo. —¿*Aquí vive todavía Dayana?* —¿*Quién la busca?* —*Culebra*, dije. Dayana reconoció mi voz al instante y salió. Tenía tiempo sin ver aquel rostro. —*Déjalo, Toby, es el padre de Albertico*. El tipo me arrojó una mirada de muerte y me dio la espalda. Dayana salió conmigo a la calle. —*Pensé que saldrías dentro de dos años*, dijo. —*Reducieron la condena por comportamiento*. —*Bueno, ya lo viste, es mi marido*. —¿*Qué rápido olvidas tú!* —¿*Te parece rápido ocho años, Alberto?* —*Lo sé, pero podrías habérmelo dicho*. —*Te visité por un año, tú lo sabes. Me daba lástima verte en ese infierno y luego decirte lo de Tobías. No quería hacértelo más duro allá dentro*. —*Un año solamente y luego te olvidaste de mí. Eras lo único que me mantenía esperanzado. Tú y Albertico*. —*Cada vez que iba al retén, me daba mucho dolor verte. Además, aguantar a las tipas extrañas de la policía revisando mi cuerpo como un maniquí*. Mi vista se detuvo en sus ojos, en su cabello amarillo, en su boca. Recordé por unos segundos nuestro amor. El amor que tuvimos en aquel rancho. Algo tan profundo y sincero como el mar. Recordé a mi Albertico. Lo había dejado con cinco años, antes de mi encierro. —¿*Dónde está Albertico?* —*Está con sus amigos*. —*Me gustaría verlo. Debe tener trece, supongo*. —*Sí, está alto*. Dayana comenzó a ponerse nerviosa, sobre todo cuando escuchó la voz de Tobías que la llamaba

con insistencia. —*Me llaman, dijo. —Sí, lo oigo. Vengo mañana a ver a Albertico. —Te llamo primero. No vengas si no te llamo, por favor. —¡Dayana, que vengas acá!* —*Me voy*, dijo con ese pliegue de preocupación que se le formaba en la frente. Sonreí. Vi como cerraba la puerta del rancho tras de sí.

Llegué caminando hasta el bloque al caer la tarde. Había visto muchos muertos sobre el asfalto. Muertos por balas, golpes, fisuras profundas, caídas..., gente que nadie reclamaría hasta el otro día, quizá. El Bloque 11, apartamento 23, era el hogar de mi madre. Ella sí me visitaba frecuentemente en la cárcel. Le había dicho semanas antes que saldría hoy. Cuando abrió la puerta me abrazó como si fuera el mismo niño que corría por los pasillos, que tocaba los timbres de los vecinos, que jugaba béisbol y a veces rompía los cristales de las ventanas. —*Alberto, mijo, estaba pensando en ti. Entra, ¿no has comido, verdad? Ven a la mesa, hijo.* Tenía tiempo que no comía así tan rico, tanto y tan rico. Tenía casi toda la cara hundida en la sopa. Sus vapores me devolvían la vitalidad, la vida, la esperanza. Levanté la vista y mi madre sonreía al verme comiendo. —*¿Por qué no me contaste que Dayana tenía otro?*, le pregunté. El rictus se le borró al instante. —*No imaginaba quitarte la poca esperanza de recuperar tu vida*, dijo. Hubo un silencio intenso, capaz de enfriar el aire caliente que flotaba en la cocina. —*¿Cómo está el niño?* —*Bien, mijo, pero le falta su verdadero padre. Tobías no le presta mucha*

atención. —Voy mañana a visitarlo. Hablé con Dayana. —Ten cuidado con Tobías. —No le temo, mamá. —Es policía, Alberto. —¿Te dije que no le temo! —Ese tipo es malo de verdad, hijo. —¿Crees que yo no lo soy? Estuve en la cárcel, madre. —¿Y por qué estuviste? Por salvar a Dayana. Te le fuiste encima al Porky antes de que la violara. La policía te agarró fuera de sí en el callejón, dándole con un bloque en la cabeza. El hombre ya estaba muerto, pero tú seguías allí, en shock, en una especie de trance mecánico. Dayana trataba de pararte, pero tú estabas en otro mundo. Tus ojos estaban abiertos como la luna llena, mirando en línea recta a un lugar incierto. De pronto, perdiste el sentido y despertaste en tu celda. Esa es toda tu historia, hijo. —He aprendido cosas malas, mamá. Ya no soy el mismo. Mi madre volvió a sonreír. —No lo creo, dijo viéndome a los ojos, como si hubiera leído el mapa de mi alma.

Todavía había gallos que chismeaban la salida del sol. Saltaban a los muros más altos. Ladrillos que quedaban expuestos como una cúspide ocre de un país lejano. Allí cantaban sus piezas intermitentes, mientras la claridad volvía a diseñarlo todo con un pincel imaginario. Todavía la ciudad estaba hundida en el caos aunque las autoridades habían anunciado el toque de queda. Desde mi ventana podía ver las pequeñas cabezas de fósforo que seguían cargando cosas. Como hormigas cargando migas de pan o granos de azúcar. —*El presidente está nervioso*, decía mi madre desde la cocina. Escuchaba la voz del

narrador de noticias: "... en YVKE Mundial usted podrá escuchar las noticias del día: el presidente Pérez dictó el toque de queda desde la tarde de ayer 27 de febrero del presente año. Según fuentes de la morgue de Bello Monte, han entrado doscientos muertos, entre ellos ciento cincuenta y cinco funcionarios de la policía metropolitana, veinte soldados y quince civiles. No hay cifras exactas de los heridos. Aunque se estima que no bajan de quinientos. Algunos especialistas del partido social cristiano Copei indican que esta es la consecuencia del paquete económico implementado por Carlos Andrés Pérez. El pueblo tiene hambre, dicen. Intuyen un presunto descontento dentro de las Fuerzas Armadas. No descartamos la posibilidad de una cadena presidencial en las próximas horas. En otro orden de noticias...". Bajé el volumen de la radio. Me sentía atacado por todos los flancos. En mi mente punzaban imágenes de Tobías llevándose a mi mujer, a mi hijo, poniéndose mi ropa, usando mis sandalias, mi bata, mi navaja de afeitar. Cerrando la puerta de la que una vez fue mi casa, mirándome con una risa de payaso siniestro. Desayuné y salí como el viento, sin despedirme de mi madre. No me interesaba lo que ocurría en la calle. La gente que corría de un lado a otro, los tiros, el alarido de los heridos caídos sobre el concreto. Por un momento me dio la impresión de que, en vez de un saqueo, éramos invadidos por los marcianos. El toque de queda aparentemente no había funcionado.

El pueblo seguía descontrolado haciendo el mercado más costoso de la historia. Algunos antiguos panas me vieron; se alegraban de que hubiera salido; me invitaban a saquear los lujosos comercios del este. —*Allí sí podemos hacer nuestro agosto, Culebra.* —*Otro día, chamo,* les decía. Traspasé el bulevar, la plaza, el centro comercial, la recta, el hospital. Me introduje en la calle Unión. Había un tiroteo de la policía con unos tipos que llevaban un camión repleto de electrodomésticos. Entre los azules estaba Tobías, disparando con una escopeta. Había muchos policías rasos que atendían sus órdenes. Era el más antiguo con rango de distinguido. Yo no podía pasar de allí por el tiroteo. Permanecía agachado detrás de los carros estacionados. Las balas pasaban por cualquier parte como una especie de plaga blindada. Comenzó a caer gente de ambos lados, pero al final los azules dominaron el conflicto. El callejón estaba forrado de cuerpos sin vida. La sangre obedecía a las leyes de la gravedad e iniciaba su descenso por la superficie inclinada de la calle, en forma de vertientes. Los cartuchos vacíos comenzaron a reverberar con la luz meridiana. Luego de apagarse el tiroteo, la gente comenzó a sacar sus cabezas por las ventanas. Luego abrían sus puertas y oteaban los cuerpos. Algunos llamaban por teléfono a la Guardia. Tobías y los otros efectivos ignoraron completamente a los cadáveres, incluso los de sus propios colegas. Lo único que hicieron fue desaparecer con el botín del camión.

Toqué la puerta. La cara de un adolescente salió y pregunté por Dayana. El chico la llamó, y mientras lo hacía, lo detallaba. Sabía que era mi hijo. De todos modos le pregunté si se llamaba Albertico. Él me miró ahora con curiosidad, graduando levemente sus ojos. Quizá comparando la imagen que recordaba de su padre con ese desconocido que requería a su madre. De pronto, los abrió totalmente: —¿Eres *Alberto?*, dijo sin disimular la sorpresa. —*Sí* —le dije—, *soy tu padre*. En realidad nunca esperé que me reconociera, que me abrazara, que tuviera un alto concepto de mí. Era lógico que el hijo de un expresidiario sintiera repulsión por su padre. Pero Albertico no. Él sabía la verdadera causa de mi presidio. Dayana y mi madre siempre le dijeron los detalles. Por eso para él era un héroe. Dayana vio cuando me abrazaba Albertico. Sus ojos se pusieron brillantes. Pero noté algo más en su rostro, una terrible mancha violácea sobre su pómullo izquierdo. Un hematoma causado por un golpe de Tobías. Por unos segundos vi la escena en mi mente y quise hacerlo trizas con mis manos.

Tobías estaba desaparecido con el grupo de efectivos. Incluso el comisario llamó y le dejó un mensaje con Dayana. Ella se puso más nerviosa de lo que estaba. Al principio Dayana me recriminó el haber venido sin esperar su llamada. No quería problemas con Tobías. Estaba notablemente afectada por algo. Quiso hacerme creer que era por la balacera, por los

muertos, por la ola de anarquía que azotaba el país. Pero yo sabía que estaba relacionado con Tobías. Al transcurrir las horas conversamos de muchas cosas. De la inclinación de Albertico por las artes, por la pintura, su excelente promedio en la escuela y su talento para cocinar. A pesar de tener trece, podía hacer desde un pabellón, hasta un estofado con papas. Tenía muchos amigos pero, a pesar de todo, pasaba por unos periodos de tristeza muy agudos. Dayana le preguntaba delante de mí por qué, y él decía que había sido por mi ausencia. Que siempre supo que Tobías no era su padre. Que lo supo por muchas razones, pero la que más sobresalía era su desprecio. La única forma de tener una buena comunicación con él era obedeciendo todas sus órdenes. Pero de todo lo anterior, lo que más le martirizaba era la forma en que trataba a su madre, la forma en que le pegaba casi por cualquier cosa. De pronto, Dayana comenzó a soltar algunas lágrimas y yo la abracé. Me reprochaba por qué había matado a ese sujeto, que por culpa mía estábamos separados. Yo no decía nada. Ella sabía todas las razones, todas mis razones. Albertico le trajo un té con manzanilla y volvió a sonar el teléfono. Era Tobías, decía que tenía problemas, que no podía llegar, que estaría oculto por un tiempo. Ella le dio el mensaje del comisario, pero él simplemente colgó. Esa noche cenamos juntos. Estábamos todos comiendo mientras la radio seguía emitiendo aquella voz incansable: "... YVKE Mundial informa: el

presidente Pérez ha logrado controlar el caos en la tarde de hoy 28 de febrero gracias al denominado “Plan Ávila”, activado ayer 27, que autoriza el uso de armas de guerra por las tropas del ejército. Las cifras se han elevado, según nuevos datos de la morgue, a más de trecientos muertos y un millar de heridos. En las próximas horas, el alto mando militar dará un parte al pueblo venezolano. Seguiremos informando...”. Dayana apagó la radio y se volvió a sentar. Para nosotros nunca hubo un momento más especial que este. Estábamos los tres ocupando el mismo espacio por primera vez, disfrutando cada sonrisa, cada palabra, cada mordisco de arepa con jamón y queso. No pensamos en nada más que nosotros. En esta pequeña felicidad limitada por el tiempo, por el fantasma de Tobías, por el caos.

Índice

En coma	9
Buscando a Cuatro	15
Sueños fragmentarios	21
La clave de la existencia	25
La máquina	29
El amor de María	33
Laberinto	37
Vecinos indiscretos	43
Mi amiga la mosca	49
Al borde del caos	63



Edición digital
noviembre de 2018
Caracas, Venezuela



Al borde del caos

Presenta, en diez relatos cortos, una mezcla entre existencialismo y ciencia ficción. Todos se desenvuelven en la Caracas actual donde un clima de violencia se respira por todas partes, especialmente en el que da nombre al libro, que recrea los sucesos vividos durante el Caracazo en 1989. Sus personajes sienten un miedo existencial que impide que sus vidas lleven un curso normal, por eso buscan refugio en la televisión, en compañías no agradables o en realidades paralelas; esto les permite, por otro lado, salir de la rutina mecánica diaria. Influenciados por el cine y el relato policíaco, estos cuentos son una mezcla de ficción, realidad, humor y denuncia.

Axel Blanco Castillo (Caracas, 1973)

Profesor de Historia y Geografía egresado del Instituto Pedagógico de Caracas. Actualmente desempeña sus funciones docentes en la Escuela Técnica Robinsoniana "Julio Calcaño". Ha participado en talleres literarios orientados a la narrativa, con los escritores Sael Ibáñez y Fedosy Santaella.

9 789801 443872



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Cultura